

## ARIANA

¿Aladina? ¿Me marcharé sola? A estas palabras Aladina se acerca á Ariana, se arroja en sus brazos, y entre sollozos convulsivos la estrecha larga y febrilmente. Ariana la abraza también y se aparta de ella suavemente y llorando. Quédate también, Aladina... Adiós, sed felices...

*Sale precipitadamente, seguida de la nodriza. Las mujeres se miran; después miran á Barba Azul, que levanta lentamente la cabeza. Berenguela é Igrena se encogen de hombros y van á cerrar la puerta. Pausa. Telón.*

FIN

## SOR BEATRIZ

MILAGRO EN TRES ACTOS

## PERSONAJES

LA VIRGEN  
SOR BEATRIZ  
LA ABADESA  
SOR EGLANTINA  
SOR CLEMENCIA  
SOR FELICIDAD  
SOR BALBINA  
SOR REGINA  
EL CAPELLAN  
EL PRÍNCIPE BELLIDOR  
LA NIÑA

*Mendigos, peregrinos, listados, acólitos, etc.*

Escena en el siglo XIV en un convento de los alrededores de  
Lovaina.

## ACTO PRIMERO

Gran corredor abovedado. En medio la puerta principal, cerrada, de un convento. A la derecha la puerta de la capilla, á la cual se llega subiendo algunos escalones. En el ángulo formado por esta puerta y el muro del corredor, en el fondo de una especie de hornacina, se levanta, sobre un pedestal con gradas practicables, una estatua de la Virgen, de tamaño natural. Está vestida, siguiendo la costumbre española, con lujosas vestiduras de terciopelo y de brocado, que le dan aspecto de princesa celestial. Ancho cinturón de orfebrería le ciñe el talle, y una diadema de oro, en la que centellean pedrerías, corona la cabellera, que se esparce sobre los hombros de la imagen. A la izquierda del portalón se entrevé el interior de la celda de Beatriz. Esta celda, encalada, no contiene mas que una tarima, una mesa y una silla. Es de noche. Una lámpara arde ante de la estatua, á cuyos pies está prosternada Sor Beatriz.

BEATRIZ

¡Señora, ten piedad de mi, que voy á caer en pecado mortal! ¡Volverá esta noche y estoy sola!... ¿Qué debo decirle y qué debo hacer? Me mira y sus manos tiemblan, y no sé qué desea... Cuando entré en esta santa casa, hará cuatro años á fin de julio, era yo una niña y no sabía nada, y ahora no sé nada tampoco, y no

me atrevo á preguntar á la abadesa, ni á hablar á nadie del mal ó de la felicidad que atormenta mi corazón... Dicen que está permitido amar á un hombre dentro del matrimonio... Me ha prometido que al salir del convento, un ermitaño á quien conoce y que hace milagros nos unirá á los dos... A menudo nos hablan de las astucias del Malo y de los engaños de los hombres, pero él, ya lo sabes, no es como los demás... Venía todos los domingos al jardín de mi padre, cuando yo era pequeña, y jugábamos juntos... Yo le había olvidado, pero me acordaba á menudo de él en mis oraciones, ó cuando estaba triste... Es prudente y bueno, y sus miradas son más suaves que las de un niño que se pone de rodillas... La otra noche se arrodilló delante de la lámpara. ¿Lo has notado tú? Se parece á tu hijo... Sonríe gravemente, como si hablase á Dios, cuando me habla á mí, que no puedo comprenderle y que no poseo nada... Ya ves, Señora, que te lo digo todo. Soy muy desgraciada, aunque hace ya tres días que no puedo llorar... Ha jurado que morirá si yo le rechazo... Dicen que eso puede suceder... y que jóvenes altos y hermosos como él se han dado muerte por causa del amor... Un día me habló de Pablo y de Francisca... No sé si es verdad; el mundo está lleno de confusiones y no nos dicen nada... ¡Señora, ilumíname; ignoro lo que debo hacer! ¡Quién sabe si estos brazos que levanto temblando hacia tu santa imagen no serán mañana dos teas espantosas en las llamas del infierno!... *Se oye fuera ruido de pasos que se acercan.* Escucha... ¿Has oído?... Hay varios caballos... Se detienen... Se acercan al umbral... Ha tocado á la puerta... *Llaman.* ¡Madre mía! ¿Qué debo hacer?... Si tú me lo

prohíbes no me voy... *Se levanta y se acerca á la puerta.*  
¿Bellidor?

BELLIDOR

*Desde fuera.*

¡Beatriz! soy yo... Abre pronto...

BEATRIZ

Si... si...

*Abre la puerta. Se ve en el umbral al príncipe Bellidor, vestido con cota de malla y gran capa azul. A su lado un niño con los brazos cargados de telas suntuosas y de joyas deslumbradoras. Cerca de la puerta, bajo un árbol, un anciano sujeta por la brida dos caballos ricamente enjaezados. En el fondo, el azul sombrío de un cielo estrellado, bajo el cual se extiende la campiña iluminada por la luna.*

BEATRIZ

*Adelantándose.*

¿Estáis solo? ¿Quién está ahí debajo de ese árbol?

BELLIDOR

Acércate, acércate y no temas. *Se arrodilla en el umbral y besa la orla de la túnica de Beatriz.* ¡Oh Beatriz! ¡Qué hermosa eres cuando te adelantas así hacia las estrellas que te esperan temblando en el umbral!... ¡Por fin saben que una gran felicidad acaba de nacer, y se derraman todas por los largos caminos azules que vamos nosotros á reco-

rrer, como arena de oro que alguien hubiese derramado en silencio á los pies de una reina!... ¿Qué haces? ¿Ya vacilan tus pasos?... ¿Vuelves la cabeza?... No, no, mis brazos te estrechan, te estrechan para siempre en presencia del cielo; ya no te irás, y el amor te da libertad encadenándote. ¡Ven, ven, no busques ya la sombra pálida de la lámpara, en la cual dormirá este amor!... ¡Ha visto la luz que nunca viera, y cada rayo que pasa ilumina su triunfo en nuestras almas jóvenes y fija nuestro destino!... ¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Te veo, te alcanzo, te toco, te estrecho, te abrazo por primera vez!...

*Diciendo estas palabras se yergue bruscamente, coge á Beatriz por la cintura y le da un beso en la boca.*

BEATRIZ

*Retrocediendo y defendiéndose desfallecida.*

No, no me beséis, porque habiais prometido...

BELLIDOR

*Volviendo á besarla.*

¡Ah! ¡No fueron esas las promesas del amor!... El amor no puede decir que no adorará, y cuando lo ha dado todo, ya no promete nada... A cada momento ofrece cuanto puede alcanzar, y cuando ha jurado ahogar un beso ó hacerle esperar, da cien mil para borrar la injuria que ha hecho á sus labios...! *La estrecha con más violencia é intenta arrastrarla.* ¡Ven, ven!... La noche se apresura, ya blanquea el alba y mis caballos se en-

cabritan... Da un paso más, baja un escalón más, y el camino admirable arrastra nuestros dos corazones... *Observa que de pronto Beatriz se desploma en sus brazos.* ¿No me respondes? Ya no oigo tu aliento... Y tus rodillas se doblan... Ven, ven, no esperemos que la aurora envidiosa tienda sus lazos de oro por los caminos de azul que llevan á la felicidad...

BEATRIZ

*Casi insensible.*

No, no; no puedo... No puedo todavía...

BELLIDOR

¡Beatriz! Palideces, y mis besos se apagan al contacto de tus labios como chispas al contacto del agua fría... Levanta tu hermosa frente, abre tu dulce boca que ya no quiere sonreír... ¡Ah! Estos grandes velos son los que te oprimen el pecho y pesan sobre tu corazón. ¡Están hechos para la muerte y no para la vida!...

*Mientras que ella parece todavía inconsciente, aparta y desata lentamente el velo que le rodea. Bien pronto aparecen los primeros rizos de oro; después, de repente, desbaciendo los últimos pliegues, como llamas que se encuentran en libertad, surge toda la cabellera, que inunda el rostro de Beatriz que se despierta.*

BELLIDOR

*Asombrado.*

¡Oh!

BEATRIZ

*Suavemente, como si saliese de un sueño.*

¿Qué has hecho, Bellidor? ¿Qué tocan mis manos; qué es esto tan suave que acaricia mi frente?

BELLIDOR

*Asombrado, besando como loco la cabellera desatada.*

¡Mira, mira, son tus llamas las que te despiertan; es tu propia belleza la que te inunda y tus propios rayos los que te envuelven!... ¡Ah, no sabías tú y no sabía yo que eras tan bella!... ¡Creía haberte visto y creía amarte!... ¡Hace sólo un momento eras la más hermosa en mis sueños de niño; ahora eres la más hermosa de las hermosas para mis ojos, que despiertan; para mis manos, que te tocan; para mi corazón, que te encuentra!... ¡Espera, espera; es preciso que toda tú seas semejante á tu rostro, es preciso que toda tú seas libre, es preciso que toda seas reina!...

*Con ademán rápido le quita el manto; así es que ella aparece en larga túnica de lana blanca; después hace una seña al niño, que espera cerca de la puerta, y que adelanta con vestiduras preciosas, un cinturón de oro y collares de perlas, mientras Beatriz cae de rodillas á los pies de la estatua y solloza con el rostro escondido entre los pliegues del manto y del velo.*

BEATRIZ

¡No, no! ¡No quiero!... *Arrastrándose de rodillas á los pies de la estatua.* ¡Madre, ya ves! ¡Si no me ayudas, ya no

puedo luchar!... ¡Ya no puedo rezar si me abandonas!...

BELLIDOR

*Acercándose á Beatriz y envolviéndola en las vestiduras preciosas que ha tomado de los brazos del niño.*

¡Beatriz!... ¡Ya es hora!... ¡Mira las vestiduras de tu vida que empieza!... ¡No es una esclava la que arrebató al Señor; es una soberana que devuelvo á la felicidad!...

BEATRIZ

*Siempre de rodillas y cogiéndose á los barrotes de la verja que rodea el pedestal.*

¡Señora, óyeme; ya no sé rezar, ya no puedo hablar!... ¡No me quedan mas que sollozos; y no sabía que le amaba así; y no sabía que le amaba tanto! ¡Escúchame! ¡Mírame!... ¡Soy una niña que no puede prever nada!... ¡Me han dicho tantas veces que lo concedes todo, que eres muy buena, que tienes piedad!...

BELLIDOR

*Intentando levantarla y arrancarla con suavidad de la verja.*

¡Sí, sí, tiene piedad; es reina de un cielo que el amor ha creado... Abre tus manos suaves, que se han helado junto al hierro... Mira su rostro; no está enojado; perdona; está radiante... Sus ojos han encontrado la oración de los tuyos y tus lágrimas iluminan el amor de su sonrisa... ¿El es quien te implora?... ¿Eres tú quien per-

dona?... ¡Mis ojos os confunden y me parecéis dos hermanas cuyas manos se bendicen una á otra en la gloria del amor!...

BEATRIZ

*Levantando la cabeza y mirando á la Virgen.*

Si, me han dicho muchas veces que me parezco á ella...

BELLIDOR

Mira sus cabellos, á través de los tuyos, cuando mis manos apartan el velo, que se estremece... ¡Son los mismos rayos, de la misma luz y de iguales delicias!...

*Mientras él está hablando todavía dan las tres en el reloj del convento.*

BEATRIZ

*Irguiéndose de repente.*

¡Escucha!...

BELLIDOR

¡Las tres!...

BEATRIZ

¡Es la hora de maitines y yo hubiera debido tocar la campana!...

BELLIDOR

Ven, ven; ya llega el alba; las ventanas azulean...

BEATRIZ

Si, son las ventanas que abría yo antes del alba para que la luz y el aire fresco de la mañana y el canto de los pájaros saludasen á mis hermanas al salir del sueño... Esta es la cuerda de la campana que las llamaba á despertar al terminar la noche... Esta es la puerta de la iglesia que ya mis manos no irán á empujar... Estos los postigos que acogían la luz de la aurora, y los cirios del altar que encenderán otras... Esta es la naveta de oro, el cestillo de las limosnas, las ropas para los pobres... Vendrán dentro de un momento, me llamarán por mi nombre y no verán á nadie...

BELLIDOR

Ven, la luz aumenta; tus hermanas van á despertarse... Ya me parece que resuenan pasos...

BEATRIZ

Ya vienen mis hermanas; ¡mis hermanas que tanto me querían y que me creían tan santa!... Aquí encontrarán todo lo que ha quedado de la humilde Beatriz... Su velo y su manto arrastrando sobre las losas. *Levantando súbitamente el manto y el velo y colocándolos sobre la verja de la estatua.* No, no quiero que alguna de ellas piense que he pisoteado la vestidura de inocencia que me dieron... *Doblando y colocando con cuidado las vestiduras sobre la verja.* No quiero que las manche ni un grano de polvo... Madre, te las doy y tú las guardarás... Pongo en tus manos todo cuanto poseo; todo lo que he recibido durante estos cua-

tro años... Aquí está mi rosario con su cruz de plata; aquí mi disciplina, las tres llaves tan pesadas que llevaba colgando de la cintura... Esta es la del jardín, ésta la de la puerta y ésta la de la iglesia... Ya no volveré a ver el jardín que reverdece; ya no volveré a ver los manteles del altar que temblaban bajo nuestras manos, como arroyo de leche, entre el olor á incienso... ¿Está escrito allí arriba que nada se perdona, que el amor es maldito, que no es posible expiar nada?... ¡Dimelo! ¡Dimelo!... ¡Si tú no quieres no me perderé!... ¡No pido nada imposible!... Basta una seña; una seña tan pequeña que nadie la vea... Si la sombra de la lámpara que duerme sobre tu frente se desvía una línea no me iré!... ¡No me iré!... ¡Mírame, madre mía; yo te miro á ti, te miro y espero! ¡y espero!...

*Mira largo tiempo el rostro de la Virgen. Todo permanece inmóvil.*

BELLIDOR

*Abrazándola y dándole un beso apasionado en los labios.*  
¿Vamos?...

BEATRIZ

*Devolviéndole el beso por primera vez.*

¡Sil...

*Salen estrechamente abrazados. Adelanta el día. La puerta permanece abierta sobre la campiña, que se ilumina. Pronto se oye galopar á los caballos, que se alejan. Cae el telón, y poco después la campana del convento suena en la aurora tocando á maitines.*

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración. La puerta del convento se ha vuelto á cerrar y todas las ventanas del corredor dejan pasar, abiertas, los primeros rayos del sol. Durante el prelude se oyen las últimas campanadas del toque á maitines. Apenas se ha levantado el telón se ve á la estatua de la Virgen animarse, como saliendo de un largo sueño divino, bajar lentamente las gradas del pedestal, acercarse á la verja y vestirse sobre su túnica y su cabellera resplandeciente el manto y el velo abandonados por Beatriz. En seguida se vuelve hacia la derecha alargando la mano y por la puerta de la capilla, que se abre obedeciendo á su ademán, se ven los cirios del altar, que mágicamente se encienden uno á uno. Después despabila la lámpara, y tomando de junto al pedestal el cestillo que contiene las ropas que hay que distribuir á los pobres, adelanta cantando hacia la puerta del convento.

LA VIRGEN

*Cantando.*

*A toda alma que llora,  
al pecado que pasa,  
tiendo yo desde el cielo  
manos llenas de gracia.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CARR. 1625 MONTERREY, MEXICO



*No hay pecado que viva  
cuando el amor rezó;  
no hay alma que perezca  
cuando el amor lloró...*

*Si el amor se extravía  
por la senda al pasar,  
sus lágrimas me encuentran  
y no se perderán.*

*Durante las últimas palabras de este canto han llamado tímidamente á la puerta del convento. La Virgen abre los dos postigos y se ve en el umbral á una niña descalza, miserable y cubierta de andrajos. Se oculta á medias detrás del quicio de encina, no adelantando sino la cabeza, y mirando á la Virgen con asombro.*

LA VIRGEN

Buenos días, hija mía. ¿Por qué te escondes?

LA NIÑA

*Acercándose y haciendo la señal de la cruz con espanto y éxtasis.*

¡Sor Beatriz, sois más hermosa que la Virgen!...

LA VIRGEN

Es que hoy es el día del Señor y soy muy feliz...

LA NIÑA

¿Por qué habéis echado luz sobre vuestros vestidos?

LA VIRGEN

En todas partes hay luz cuando sale el sol...

LA NIÑA

¿Por qué tenéis estrellas en los ojos?

LA VIRGEN

A menudo hay estrellas en el fondo de los ojos que rezan...

LA NIÑA

¿Por qué tenéis rayos en las manos?

LA VIRGEN

Siempre los hay en las manos que dan limosna...

LA NIÑA

He venido sola...

LA VIRGEN

¿Dónde están nuestros hermanos pobres?

LA NIÑA

No se atreven á venir por causa del escándalo.

LA VIRGEN

¿Qué escándalo?

LA NIÑA

Han visto á Beatriz en el caballo del príncipe.

LA VIRGEN

¿No me parezco yo á la humilde Beatriz?

LA NIÑA

Dicen que la han visto y que les ha hablado.

LA VIRGEN

Pero Dios no la ha visto, y no ha oído nada... *Toma en brazos á la niña y le da un beso en la frente.* ¡Oh, hija mía! A ti, sólo á ti, puedo besar hoy... La inocencia ha sentido la presencia de Dios, pero no se turba. *Mirando á la niña á los ojos.* ¡Qué pura es el alma humana cuando así se la ve!... Los ángeles son más hermosos, pero no saben llorar... Anda, anda, hija mía, oigo correr tus lágrimas en el fondo del porvenir; ya sabras cuántas son... *Dejando á la niña en el umbral.* ¿Dónde están nuestros hermanos pobres?... Ve á decirles que el amor está lleno de impaciencia; ve á decirles que se apresuren á venir...

LA NIÑA

*Volviendo la cabeza y mirando hacia fuera.*

Ya vienen, Sor Beatriz.

*En efecto los pobres, ancianos, lisiados, enfermos, mujeres con niños en brazos, etc., han ido adelantando tími-*

*damente, y creyendo reconocer á Beatriz, temerosos, vacilantes, asombrados, se acercan al umbral, se detienen ante la puerta, miran y esperan.*

LA VIRGEN

*Inclinándose sobre el cesto que contiene las ropas.*

¿Qué esperáis, hermanos míos, y qué ha sucedido? Apresuraos, apresuraos: ya sube el sol; es la hora de la oración y van á pasar mis hermanas; entonces cerraré la puerta y no podré repartir la limosna... Venid todos, ya es hora; apresuraos, venid todos...

UN POBRE VIEJO

*Adelantándose.*

Hermana, hemos visto dos fantasmas esta noche...

LA VIRGEN

*Dándole una capa que se ilumina á medida que ella la va sacando del cesto.*

No hay que pensar en los fantasmas de la noche.

UN LISIADO

*Adelantándose á su vez y arrastrándose sobre las muletas.*

Hermana, hemos tenido malos pensamientos...

## LA VIRGEN

*Sacando del cesto algunas otras vestiduras que parecen cubrirse de pedrería.*

Hermano, abrid los ojos; ha llegado la hora del perdón...

## UNA POBRE

Hermana, necesito una mortaja para mi madre...

## OTRA

Hermana, si me dierais para mi hijo...

*Los pobres la rodean ansiosos, gimiendo, con los brazos extendidos; la Virgen, inclinada sobre el cesto, saca á manos llenas ropas de las cuales brotan rayos, velos que centellean, lienzos que se iluminan. A medida que va sacando, el cesto parece cada vez más lleno de telas, más y más preciosas, más y más resplandecientes, y como embriagada por su propio milagro, mientras distribuye sus tesoros, mientras llena las manos, cubre los hombros, envuelve á los niños en lienzos deslumbradores, la Virgen dice:*

## LA VIRGEN

¡Venid, venid todos!... ¡Aquí está la pálida mortaja; aquí están los pañales que rien!... La vida y la muerte y la vida otra vez. ¡Venid, venid todos; ha llegado la hora del amor, y el amor no tiene medida!... ¡Venid todos, ayudaos unos á otros, perdonaos vuestras ofensas y mezclad en la vida vuestras felicidades y vuestras lágr-

mas!... ¡Venid todos, amaos unos á otros, rogad por los que caen!... ¡Venid todos, llevaoslo todo; el Señor no ve el mal que se hace sin odio!... ¡Venid todos, perdonad todos; no hay pecado al cual no alcance el perdón!...

*Los pobres, estupefactos, desconcertados, se ven cubiertos de vestiduras espléndidas. Algunos huyen por la campiña agitando telas cubiertas de pedrería y lanzando aullidos de gozo. Otros sollozan de agradecimiento, rodean á la Virgen santísima y quieren besarle las manos; pero la mayor parte, silenciosos y como heridos de terror divino, se arrodillan en los escalones del portón y murmuran oraciones. Entonces suena la campana; el cesto se queda vacío súbitamente, y la Virgen, apartando con suavidad á los pobres que la rodean, vuelve á cerrar la puerta.*

## LA VIRGEN

Id en paz, hermanos míos; ha llegado la hora de la oración...

*Se oye aún, á través de la puerta cerrada, el murmullo de las oraciones de los pobres, que se transforma poco á poco en un canto confuso de agradecimiento y de éxtasis. Vuelve á sonar la campana otra vez y otra, y por el extremo izquierdo del corredor las religiosas, precedidas de la Abadesa, adelantan bajo las bóvedas dirigiéndose á la capilla.*

## LA ABADESA

*Deteniéndose ante la Virgen, que, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho, espera junto á la puerta, que se ha cerrado.*

Sor Beatriz, en este mes de sol hay que tocar á maitines á las tres menos cuarto. Ayunaréis tres días y oraréis tres noches á los pies de la estatua de la Virgen madre.

LA VIRGEN

*Inclinándose con gesto de respeto humildísimo.*

Alabado sea Dios, madre mía...

*La Abadesa, que vuelve á echar á andar, llega al pedestal que le ocultaba la muralla sobre que se apoya la bóveda de la puerta. Va á arrodillarse, cuando, al levantar los ojos, se detiene, da un grito, deja caer el libro y el báculo que llevaba, y hace un gesto de indecible sorpresa y de horror.*

LA ABADESA

¡La Virgen no está aquí!...

*Inquietas, y después espantadas, acuden las religiosas, rodean á la Abadesa, se agrupan en torno del pedestal, y cuando ha pasado el primer momento de estupefacción, indignadas, espantadas, sollozando, unas en pie, otras de rodillas, prosternadas ó vacilantes, hablan, gritan, lloran todas á un tiempo.*

LAS RELIGIOSAS

¡No está aquí! ¡La Virgen ha desaparecido!... ¡Han robado la imagen! ¡Impios, impios! ¡Nuestra Madre, nuestra Madre! ¡Sacrilégio, sacrilégio! ¡Madre mía! ¿Qué vamos á hacer? ¡Han profanado el claustro! ¡Sa-

crilégio, sacrilégio! Se va á hundir la casa. ¡Sacrilégio, sacrilégio!

LA ABADESA

*Llamando.*

¡Sor Beatriz!...

*La Virgen se adelanta y se detiene junto á la Abadesa, ante el pedestal. Mira fijamente al lugar donde se encontraba su imagen, y como aislados del mundo exterior, su rostro y sus ojos inmóviles irradian una especie de silencio y de esperanza impasibles.*

LA ABADESA

Sor Beatriz, vos erais su guardiana. Vos debíais velar día y noche sobre la gloria de Aquella que hizo de este convento tesoro de sus gracias y morada de sus predilecciones. Comprendo vuestra turbación y participo de vuestro espanto. Sin embargo, no temáis; la voluntad divina tiene á veces designios que confunde nuestro celo y nuestra vigilancia; hablad, respondedme; debéis haber visto y debéis saber... *La Virgen no responde.* ¡Pero hablad! ¡Responded!... ¿Qué tenéis? Todo esto me parece extraño y creo por momentos que se ilumina vuestro rostro... ¿Qué vestiduras son esas que llevais y que no se parecen á las que llevamos nosotras? ¿Me engañan mis ojos? ¡Al veros se diría que ya no sois la misma!... ¿Qué escondéis bajo vuestro manto que así resplandece á través de la estameña? *Tocando el manto de la Virgen.* ¿Y qué estameña es esta, cuyos pliegues transparentes inundan mis manos de rayos de luz? *Entreabre la mano y ve el cinturón de oro.* ¡Misericordia! ¿Qué es esto?

*Quita por completo el manto á la Virgen, y después, con el mismo movimiento de estupefacción, indignada, arranca el velo que le cubre la cabellera; y la Virgen, siempre inmóvil y como insensible, aparece de pronto vestida del mismo modo y exactamente igual á su propia imagen, que ocupaba el pedestal durante el primer acto. La Abadesa y las monjas que se agrupa en derredor tienen un momento de estupefacción silenciosa y dolorosamente incrédulo; después la Abadesa, rebaciéndose antes que ninguna y cubriéndose el rostro con un gesto de horror y de maldición desesperada, exclama:*

LA ABADESA

¡Señor, Dios mío!

LAS RELIGIOSAS

¡Señora! ¡La Virgen Santísima!... ¡Ha robado á la imagen! ¡Sor Beatriz! ¡No nos responde! ¡Los demonios! ¡Los demonios! ¡Los muros van á hundirse sobre ella! ¡Locura! ¡Locura! ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror! No esperemos á que caiga un rayo. ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

*Movimiento de retroceso, de espanto y de buida de todas las religiosas. Pero la Abadesa, levantando la voz y con ademán solemne, las detiene.*

LA ABADESA

Hijas mías, oid... ¡No huyáis, hijas mías! Esperemos nuestra suerte; no nos separemos, y que todas nuestras manos y todas nuestras oraciones rodeen á la sacrilega é intenten apaciguar la cólera que adelanta!...

SOR CLEMENCIA

¡Madre mía, os lo suplico, no esperemos aquí!...

SOR FELICIDAD

Vamos á buscar al sacerdote.

LA ABADESA

Si, tenéis razón... Id á buscarle... *Sor Clemencia y Sor Felicidad se dirigen hacia la capilla. Id pronto, id pronto; él sabrá mejor que nosotras lo que es preciso hacer para detener, si aún es tiempo, el triunfo del Malo y la espada del Arcángel... ¡Hermanas, pobres hermanas mías! ¡El horror ya no tiene nombre y nuestros ojos han sondeado los abismos del infierno!*

SOR GISELA

*Acercándose á la Virgen.*

¡Profanadora!...

SOR BALBINA

*Acercándose á su vez.*

¡Sacrilega!...

SOR REGINA

*Fuera de sí.*

¡Demonio! ¡Demonio! ¡Demonio!...

SOR EGLANTINA

*Con voz enternecida y suave.*

¡Sor Beatriz, qué has hecho!

*Al sonido de esta voz la Virgen vuelve la cabeza, mira á Sor Eglantina y la sonríe divinamente.*

SOR BALBINA

*A Sor Eglantina.*

Os mira...

SOR GISELA

Parece que despierta.

SOR EGLANTINA

Sor Beatriz, acaso no sabías...

LA ABADESA

Sor Eglantina, os prohibo que la habléis...

*En este momento el sacerdote, revestido con los ornamentos sacerdotales y seguido de las dos religiosas y de los acólitos llenos de espanto, aparece en el umbral de la capilla.*

EL SACERDOTE

¡Hermanas mías, rogad por ella!

LA ABADESA

*Arrodillándose.*

¡Padre mio, sabéis...!

EL SACERDOTE

*Con voz dura.*

¡Sor Beatriz!

*La Virgen permanece inmóvil.*

EL SACERDOTE

*Con voz violenta.*

¡Sor Beatriz!

*La Virgen permanece inmóvil.*

EL SACERDOTE

*Con voz terrible.*

¡Sor Beatriz! Por tercera vez, en nombre de Dios vivo, cuya ira tiembla en torno de estas murallas, te llamo por tu nombre.

LA ABADESA

No oye...

SOR REGINA

No quiere oír.

SOR BALBINA

*Enloquecida.*

¡Ay de nosotras! ¡Ay de nosotras!